

CAPITULO LIII.

Decide Muza invadir la Peninsula. — Expedición preliminar mandada por Tarif. — Su buen resultado. — Nueva expedición al mando de Tarif. — Primeras derrotas de los visigodos. — Batalla del Guadalete. — Muerte de Rodrigo. — Fin de la monarquía visigoda.

A mas de las causas que hemos enumerado en el capítulo anterior, excitaban á Muza á invadir la España los mismos árabes que habian tenido ocasion de verla, pintándola como una mansión de delicias, donde convidaba á gozar desde el cielo, claro y sereno, hasta la variedad y dulzura de sus frutos y sus ricas y abundantes minas.

Animábanle tambien á ello las noticias que los enemigos de Rodrigo le comunicaban acerca del estado de disolucion en que se hallaba el reino, de la debilidad del Monarca y de la indisciplina del ejército.

Tal concurrencia de circunstancias hizo, como no podia menos, gran impresion en Muza, que quizá por entonces ya tuviera concebida la idea de extender la dominación árabe por la otra parte del estrecho, y se decidió, accediendo á los deseos tanto de sus súbditos cuanto de los adversarios del Soberano español, á hacer una tentativa de desembarco en las costas hispánicas antes de efectuar la invasion formal.

A este fin, y obtenido el permiso del califa de Damasco, envió á Tarif, hijo de Malek-el-Ma'afery, con quinientos soldados, berberiscos en su mayor parte, el cual, atravesando el estrecho en cuatro grandes barcas, desembarcó en el sitio que, de su nombre, tomó el de Tarifa.

Iban en su expedición El Mudar ben Meassemai, Abdelmelek el Mufery, Zaid ben Kesid el Sekseki y otros no menos afamados capitanes, que, al frente de sus hombres, talaron las costas de Andalucía, robando ganados y apoderándose de varias personas, sin que nadie se atreviese á oponérseles.

Por fin, llenos de botín y cansados de destruir, dieron la vuelta hácia Tánger, donde llenaron de regocijo á sus compatriotas refiriéndoles el feliz suceso de su expedición.

Tuvo lugar este hecho en el mes de julio del año 710 de Jesucristo, y 91 de la hegira ó era de los musulmanes.

Pudo Muza haber realizado inmediatamente la invasion; pero, llevando la prudencia hasta el extremo, prefirió aplazarla hasta la primavera del siguiente año, y continuó entre tanto los preparativos.

Terminados estos, en los últimos dias del mes de abril de 711, confió al valiente Tarif ben Zeyad el mando del ejército, fuerte esta vez de mas de doce mil hombres, tambien berberiscos en su mayor número, el cual se hizo á la vela, y desembarcó, guiado, á lo que parece, por el conde Julian, en una península á la que denominó *Alghexrah Alhadra* (isla verde), á causa de estar en efecto toda ella cubierta de verdura.

De la corrupción de la primera palabra vino la de Algeciras, que aun hoy conserva dicho punto.

Continuando Tarif su movimiento de avance llegó á Calpe, y pareciéndole buena posición la montaña que le domina, se posesionó de ella, dándole el nombre de *Gebal Tarif* (monte de Tarif), de donde despues le quedó el de Gibraltar.

El valiente Teodomiro, jefe superior de Andalucía, tuvo noticia del desembarco de los sarracenos, y, reuniendo todas cuantas fuerzas pudo haber á mano, que en totalidad no llegarían á dos mil hombres, salió á oponérseles, sin reparar en su superioridad.

Pero ¿qué podía hacer aquella escasa tropa ante los numerosos soldados de Tarif?

Así fue que, á pesar del heroísmo de su jefe, fue acuchillada y dispersada en todas direcciones.

En vista del mal suceso de su tentativa, escribió Teodomiro al Rey noticiándole haber llegado gentes enemigas de Africa, á las que habia tratado de impedir la entrada, aunque inútilmente, á causa de su muchedumbre, y pidiéndole, en consecuencia, que le enviara refuerzos, y aun, que fuera él en persona, que era lo mejor.

Hallábase Rodrigo á la sazón ocupado en reprimir una nueva insurrección de los cántabros, causándole gran pavor la noticia de esta nueva desgracia.

No obstante, apresurándose á terminar su tarea por el Norte, reunió cuantas tropas pudo, formando por fin un ejército de cerca de noventa mil hombres, fuerza mas que suficiente para dar al traste con todos los proyectos de Muza, á no haber perdido, como dice Lafuente, los godo-hispanos «su antiguo vigor con las dulzuras de una larga paz (1).»

Con él estaban los hijos de Witiza y su tío Oppas, que luego, segun aseguran algunos historiadores, fueron los que, con su defección, ocasionaron la pérdida, no solo de Rodrigo, sino tambien de la raza visigoda.

Entre tanto Tarif, sabedor del peligro en que se hallaba, pidió auxilio á Muza, quien se lo envió inmediatamente tan considerable como pudo, siendo aun, á pesar de él, cuatro veces mas numerosos los cristianos.

El caudillo musulman hallábase tan resuelto á triunfar ó dejar la vida en aquella empresa, que para comprometer mas á sus soldados hizoles quemar las naves que les transportaran á España con objeto de quitarles toda esperanza de regresar á su país.

(1) *Historia de España*, t. I, p. I, l. IV, c. VIII.

Sus legiones comprendieron el albur que jugaban, y se aprestaron á la pelea sin que les arredrase la muchedumbre que siguiendo á Rodrigo se dirigía á cortarles el paso.

Invasores é invadidos, católicos y mahometanos, llegaron al fin á avistarse en las márgenes del Guadalete el dia 29 de julio de 711.

Aun el sol no ha permitido distinguir claramente los objetos y ya unos y otros se atacan con terrible furor.

La trompa del visigodo, la misma que tan gloriosamente sonara en los campos catalaúnicos, en la Vasconia, en la Galia y en otros cien lugares, daba al aire sus roncos acentos; pero ¡ay! ya no eran, como otras veces, el preludio de una victoria cierta. ¡Aseméjábanse mas á los últimos suspiros de una raza que perece!

Y como compitiendo con ellos, el árabe atambor y el añafil exhalaban al viento sus alegres toques, cual presagio del próximo triunfo.

Pero aun no han vencido los musulmanes.

Sostenidos los godos por Rodrigo, que creciéndose ante el peligro, lucha heroicamente, si no han vencido á sus enemigos, al menos no han perdido ni una sola pulgada de terreno ante el violento empuje de los fanáticos creyentes del Corán.

La noche extendiendo su negro crespon en el firmamento puso término á la pelea, aunque no á la rabia de los contendientes.

Al despuntar la aurora del siguiente dia trabóse la lid con nueva saña.

Alentados uno y otro ejército por sus caudillos, continuaron destruyéndose sin fruto alguno, y antes el sol se cansó de alumbrar la tierra que ellos cesaran en su bárbara tarea.

Por fin, al tercer dia pareció inclinarse la balanza de la victoria en favor de los nuestros.

Los infieles comienzan á flaquear, reanímense los godos, y el momento del triunfo parece que está próximo.

Mas ¡ay! Tarif se lanza sobre los aterrados escuadrones, y recorriendo sus filas exclama:

«¡Oh musulimes vencedores de Almagreb! ¿A dónde vais? ¿dónde pensais encontrar asilo? El mar está á vuestra espalda, y delante tenéis al enemigo: no hay remedio sino en vuestro valor y en la ayuda de Dios. ¡Guallah (por Dios)! Yo acometeré á su rey y le quitaré la vida ó moriré á sus manos.»

Precisamente en estos momentos se consumó la mas horrible de las traiciones. Los hijos de Witiza, el obispo Oppas y las gentes de su parcialidad creyeron llegado el caso de vengarse de Rodrigo, y abandonando la posición que se les confiara, ó se alejaron del campo de batalla, ó se unieron á los infieles, no atreviéndose á afirmar una ú otra version, pues son tan contradictorias las noticias que de este hecho nos transmiten las antiguas crónicas, que no es posible fijar una opinion. De todos modos, es indudable que la defección de aquellos individuos y de las gentes que mandaban fue la causa de la derrota de los godos, pues los árabes reanimados, tanto por las frases de su caudillo, cuanto por la ayuda de los traidores, cayeron con nuevo brio sobre sus contrarios, y aprovechándose de la sorpresa que en estos causara aquella defección, los arrollaron, llevando el desorden y la confusion hasta el centro del ejército godo.

Rodrigo comprende que el momento crítico ha llegado.

Lánzase en lo mas ríco de la pelea, y Tarif, que le busca, hállale por fin, y el desventurado sucesor de Witiza, herido por la lanza del agareno, va á encontrar la muerte en las ensangrentadas aguas del Guadalete.

Esta aglomeración de desgracias aterra á los fatigados visigodos, y huyen por todas partes, perseguidos por los sarracenos, que hacen en ellos una espantosa carnicería.

El viernes 31 de julio de 711, que corresponde al dia 5 de la luna Xawal del año 92 de la hegira segun la cuenta árabe, se consumó con la derrota del ejército godo la destrucción de aquella robusta monarquía que por espacio de tres siglos habíase sostenido.

Leyes, instituciones, costumbres, todo desapareció bajo el filo del agareno alfanje, y el dolor y la desolación que siguió á tan espantosa catástrofe se halla magistralmente descrito en las sentidas frases siguientes con que el rey *Sábido* deploraba cinco siglos despues semejante hecho:

«Despues que la batalla fue acabada, desaventuradamente fueron muertos los unos é los otros... E fincara toda la tierra vacía del pueblo, bañada de lágrimas, complida de apellido, huéspeda de los extraños, engañada de los vecinos, desamparada de los moradores, viuda é asolada de los sus hijos, confundida de los bárbaros, desmebrada por llanto é por llaga, fallescida de fortaleza, flaca de fuerza, menguada de conorte, asolada de los suyos.

«España mezquina cató la su muerte, fue cuitada que solamente non fincó aquí nenguno que la llante: llámanla dolorida é mas muerta que viva. Suena su voz así como en el otro siglo é sale la palabra así como de su tierra; é diz con la gran cuita: Los omes que pasades por la carrera, parad mientes, é ved sy hai cuita nin dolor que semeje con el mi dolor (1)...»

(1) *Crónica de España* de Alfonso el Sábido.



INVASION DE ESPAÑA POR LOS VISIGODOS

Riera Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26

(1) *Crónica de España* de Alfonso el Sábido.

CAPITULO LIV.

Transformación social de España con la venida de los godos.—Misión de estos, y cómo la cumplieron.

ESPECTÁCULO verdaderamente maravilloso es el que la Europa presenta en el siglo V.

Numerosas hordas de gentes feroces, incivilizadas, sedientas de botín y sangre, se arrojan sobre la púrpura imperial romana, y la despedazan repartiéndose sus jirones.

Los pueblos, asombrados ante suceso tal, apenas tienen ánimo para oponerseles, y si acaso alguno intenta la resistencia, es abatido, anonadado y sujeto.

A la aproximación de los bárbaros tiemblan los latinos, y el nombre de Alarico hace estremecer los cimientos del Capitolio.

Aquellos hombres venidos del Norte todo lo roban y lo destruyen todo.

Su misión aparente es solo de muerte; ahora bien, ¿es este en realidad el papel que deben desempeñar?

Nada de eso: los bárbaros por el contrario vinieron á dar una nueva vida á la humanidad, á animar á una sociedad que se hallaba á punto de perecer bajo el terrible peso de la corrupción y la inmoralidad.

Ellos, á manera de los cirujanos que cortan el miembro dañado causando horribles dolores al paciente, pero salvándole de la gangrena total, destruyeron y separaron de la sociedad romana su parte corrompida y putrefacta, salvando de este modo á la humanidad.

Y de la misma manera que hay cirujanos mas ó menos hábiles, también hubo pueblos de un grado menor ó mayor de barbarie, que realizaron aquellas curaciones empleando medios mas ó menos violentos.

España fue en esto, como en todo, país privilegiado, pues si bien es verdad que en un principio se vió asolada por los vándalos, alanos y suevos, y aun por los mismos visigodos, no lo es menos que al fin estos últimos, mas cultos y civilizados que los restantes, se sobrepusieron á ellos y echaron los cimientos de un gobierno, y dieron á nuestra Península una organización, de la cual todavía conserva muchos restos.

Los visigodos que, á causa del frecuente trato que con los imperiales habían tenido antes de venir á nuestro país, fueron perdiendo parte de su barbarie, y una vez en él acabaron por despojarse de ella casi por completo.

Hecho digno de notarse es, que los bárbaros conquistadores del imperio romano, lejos de imponer sus leyes y su civilización á los vencidos, fueron paulatinamente subyugados á su vez por la mayor cultura de estos, destruyendo sin embargo los mortíferos gérmenes que esta encerraba dentro de sí.

La marcha de este fenómeno la observamos en nuestra patria sin mas que ir recorriendo la historia de los reyes visigodos que han ceñido su corona.

Desde luego vemos la superior cultura que este pueblo tuvo sobre los otros, aun en sus primeros tiempos, en la manera con que Alarico trató á Roma, que no fue tan bárbara como se creía y como lo hubiera sido á ser otras razas las que se apoderaran de la eterna Ciudad.

También se demuestra esto en el proceder de Ataulfo con la hermana de Honorio, Placidia, proceder que Lafuente compara al de Escipion con la mujer de Alucio, porque dice: «Si el cónsul romano hubiera amado á la joven de Cartagena, como el rey godo amaba á la princesa romana, y aquella hubiera estado libre como esta, no habría podido tratarla con mas nobleza que haciéndola su esposa, como lo hizo Ataulfo, guardándole todas las consideraciones debidas á princesa imperial y á esposa de un rey.»

Además, en este monarca ya se ve algo mas que el destruir; ya en su mente germina la idea de edificar, pero duda acerca de si ha de hacerlo con elementos visigodos ó romanos.

Esta duda le pierde. Sus vasallos, aun no muy adelantados, se disgustan de sus tendencias á la civilización latina, y aprovechando este disgusto, Sigerico le da muerte.

Los godos le perdonan este delito y le elevan al trono, por las pocas simpatías que su antecesor les inspiraba; pero Sigerico no se contenta con esto.

Da muerte á los hijos de Ataulfo y maltrata á Placidia. Sus súbditos ya no le perdonan: comprenden á pesar de su rudeza lo bárbaro de semejante proceder y le asesinan.

Duro era el castigo, pero siempre demuestra la existencia, en los que le aplicaban, de un principio civilizador, el de la humanidad y la justicia.

Poco á poco van comprendiendo el estado en que se hallan, y quieren salir de él.

Walia, Teodoro, Turismundo, Teodorico, contribuyen cada cual con su óbolo á la grande obra de la transformación de los de su raza y á la formación de un gran Estado hispano-godo.

Eurico asesina á su hermano, y sube al trono. Esto es ciertamente bárbaro, pero una vez ciñe la corona, su conducta es mas bien de un emperador romano que de un monarca visigodo.

Comprende que su pueblo necesita leyes escritas, fijas, y se las

da: conoce que solo puede evitar los disturbios y las desazones con la justicia, y es en todo estrictamente justo.

Y si de Eurico pasamos á Leovigildo ¡qué espectáculo se ofrece á nuestra vista!

La transformación es completa, radical: ¿qué quedaba en aquel Monarca y en aquella corte de las primitivas costumbres góticas? «¿Quién hubiera sido capaz de reconocer, dice un erudito historiador, á aquellos antiguos godos semisalvajes, que nos pintaba «Sidonio Apolinario, reunidos en asamblea bajo un árbol silvestre, «cubiertos con pieles de animales aseguradas con simples correas, y «dejando desnuda la mayor parte de su cuerpo?»

Y es que en efecto, Leovigildo habitando un palacio suntuosamente adornado, sentándose en un magnífico trono, y con la diadema en la cabeza y la púrpura en los hombros, en nada absolutamente se desemejaba de un emperador romano.

Y el mismo cambio se habia verificado en todas las costumbres y esferas.

La misión que Roma se impusiera respecto á los pueblos que conquistaba, no podían proseguirla los godos, porque su rudeza no se encontraba en armonía con el grado de cultura que aquella llegó á alcanzar.

Pero, si para esto no servía, en cambio renovaron, por decirlo así, la sangre joven y robusta en aquel cuerpo gastado ya, y cediendo poco á poco al ascendiente de una civilización desconocida para ellos, la fortificaron y la prestaron nuevo vigor con su sávia bravia y enérgica.

Mas semejante cambio no se verificó rápidamente, segun ya hemos indicado en los primeros capítulos en que tratamos de la invasión gótica; transformaciones de esta especie necesitan tiempo, y la fusión de las dos razas, de los dos pueblos, conquistado y conquistador, fue lenta, pero no menos segura y radical.

La diferencia de razas, de legislaciones, de religion y de costumbres fue sobradamente grande en los primeros tiempos de la dominación, y aun cuando no existía mas que un solo cetro, los dos pueblos vivían separados por completo.

Los romano-hispanos tienen su religion, sus leyes especiales, mientras que los godos conservan también las suyas; y tan apegados se hallaban unos y otros á sus tradiciones y á sus costumbres de raza, que ni aun en el interior de las familias podían inmiscuirse los individuos ajenos á su nacionalidad, porque la misma ley se lo prohibía.

¿Pero era posible permanecer mucho tiempo en semejante situación?

No; la unidad política era una necesidad imprescindible, y la legislación no tenía mas remedio que ir cediendo ante la fuerza de los mismos hechos.

Leovigildo enlazándose con una española franqueó el camino para la union definitiva de las dos razas, y desde aquel momento pudo considerarse ya como establecida de hecho la unidad política puesto que sus sucesores, cediendo á la imperiosa ley de la necesidad, uniformaron la legislación para que rigiese á la que ya podemos considerar como una sola raza.

La misma influencia de que dejamos hecho mérito de los romano-hispanos respecto á los godos en el orden civil y político, hizo sentir también en el religioso, y la profesion de fe de Recaredo fue un gran paso para la civilización completa de los conquistadores.

Prueba de ello son los concilios, principalmente los de Toledo, espejo fiel del adelanto sucesivo del pueblo godo.

Y este adelanto resalta mas aun comparándole con la barbarie en que permanecían otros.

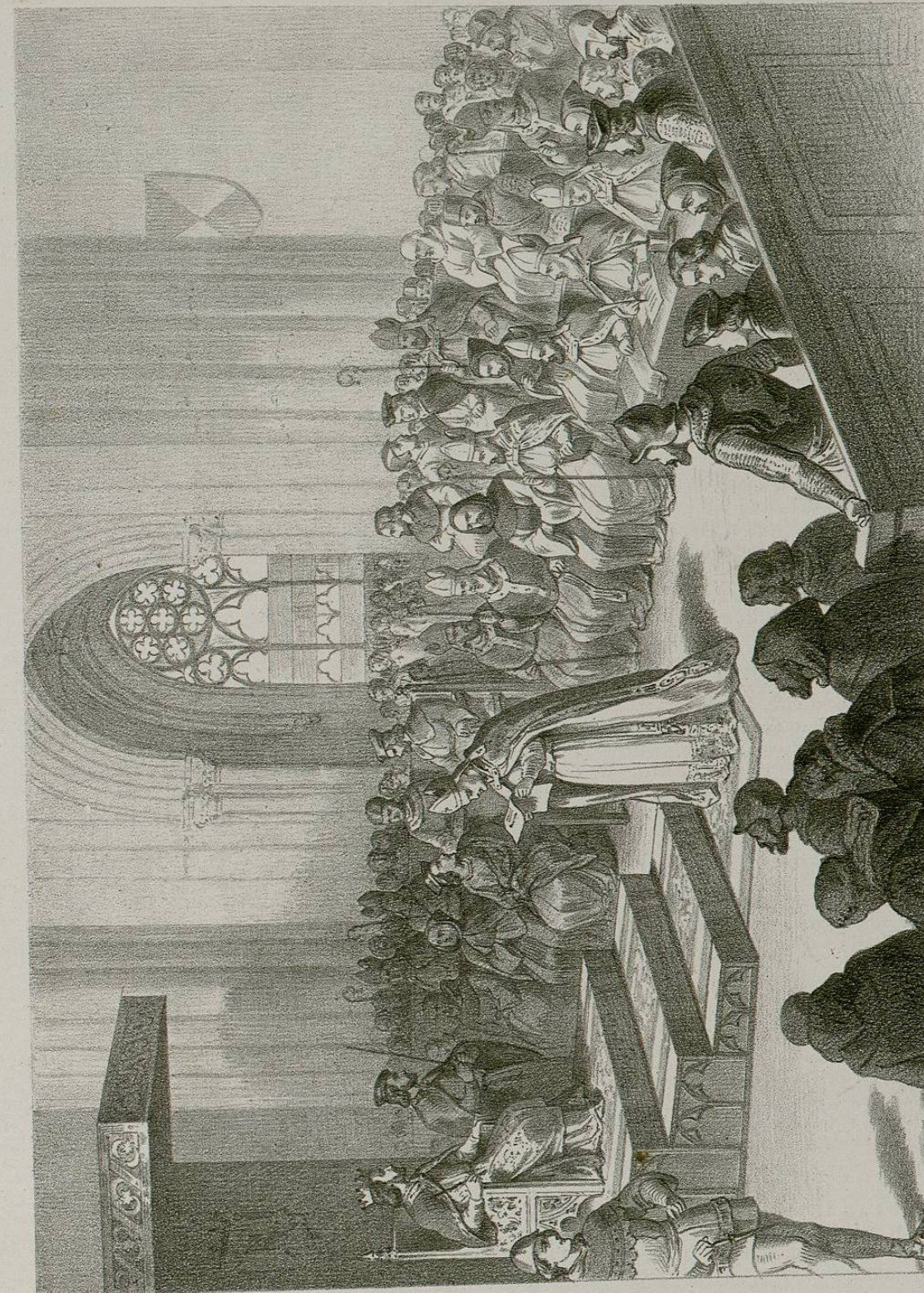
La conducta moderada de los visigodos en la Galia contrasta con la cruel y sanguinaria seguida por los francos, segun las palabras de Thierry, que no puede ser sospechoso en esta materia, «La conquista de las provincias meridionales y orientales de la Galia «por los visigodos y borgoñones estuvo muy distante de ser tan «violenta como la del Norte por los francos... A su entrada en la «Galia (se refiere á los visigodos) se mostraron por lo general «tolerantes... Ellos unían á un espíritu de justicia mas inteligencia «y mas gusto por la civilización.»

Dicha grande fue para España que ellos fuesen los preponderantes, pues, á haberlo sido cualesquiera de las otras tribus que la invadieron, seguramente que no hubiera llegado al alto grado de esplendor y poder que consiguió alcanzar.

Justo es reconocer que si los visigodos venían bien dispuestos para recibir la civilización, todo en nuestro país les convidaba á ello.

Lo agradable de la temperatura suavizó su carácter, la fertilidad de la tierra les hizo aficionarse á ella, y la gran semejanza de religion influyó también poderosamente para ello.

Todas estas causas reunidas dieron por resultado el hecho que mas arriba hemos apuntado; esto es, que no habia aun transcurrido siglo y medio y ya el pueblo conquistador habia sido dominado por la civilización del sometido.



CONCILIO TERCERO DE TOLEDO.